ARTE É HISTORIA

CUADROS HISTÓRICOS

DE

Episodios de la Independencia

PINTADOS POR

DIÓGENES HÉQUET

Reproducidos en fototipías de 95 X 65 centímetros

SIERRA Y ANTUÑA

EDITORES



RECORTES DE "LA RAZÓN"



MONTEVIDEO

LIBRERÍA Y PAPELERÍA DEL ATENEO

202 Calle 18 de Julio—204

1896

ARTE É HISTORIA

CUADROS HISTÓRICOS

DE

Episodios de la Independencia

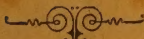
PINTADOS POR

DIÓGENES HÉQUET

Reproducidos en fototipías de 95 X 65 centímetros

SIERRA Y ANTUÑA

EDITORES



RECORTES DE "LA RAZÓN"



MONTEVIDEO

LIBRERÍA Y PAPELERÍA DEL ATENEO

202—Calle 18 de Julio—204

1896

CUADERNOS NACIONALES

SERIE HISTÓRICA

Véase la página que lleva por título "Cuadernos Nacionales"

Imprenta y Litografía La Razón; Cerro, 57

ARTE É HISTORIA

EPISODIOS DE LA INDEPENDENCIA

LOS EDITORES Á SUS COMPATRIOTAS

Dentro de breves días se vá á conmemorar uno de los fastos más gloriosos de nuestra historia: la Jura de la Constitución, el 18 de Julio de 1830.

En nuestro carácter de editores de los «Episodios de la Independencia», vamos á celebrar el glorioso aniversario entregando á nuestros compatriotas tres nuevos cuadros de serie: «Artigas en la Calera de las Huérfanas», «El Combate de San José» y «La Batalla de Las Piedras».

El célebre novelista francés Alfonso Daudet ha escrito un libro titulado: «Vingt ans de Paris, à travers ma vie et mes livres»: en las páginas encantadoras de esa obra, exornadas con las galas del estilo del ilustre escritor, vemos desarrollarse la historia íntima del autor y de sus libros, que hemos leído con fruición, y llegamos á saber como han sido ejecutadas esas obras de arte, que arte y verdadero hay en saber expresar el pensamiento humano en la forma galana que él lo hace.

Algo parecido queremos hacer en nuestra modesta esfera, y con nuestros pobres recursos intelectuales, con relación á los

cuadros históricos de «Episodios de la Independencia.»

Es esa una obra de que nos sentimos orgullosos; hoy para muchos pasa desapercibida, pero los que vengan despues, los que vengan á la vida intelectual cuando sobre ella hayan pasado uno ó dos lustros nada más, sabrán valorar su significación y su importancia.

No quiere decir esto que el frío de la indiferencia rodee á nuestra obra; no. Ella ha sido recibida con entusiasmo en primer lugar por la autoridad escolar y por la prensa toda del país; también la ha recibido con aplauso cierto número de espíritus selectos, que aun se acuerdan de que en la historia patria hay glorias, y que piensan que si se quiere asistir al despertamiento cívico de los ciudadanos, es preciso exhumar esas glorias del olvido en que yacen, y poner de manifiesto los altos ejemplos de nuestros mayores.

En las mal trazadas lineas que siguen, vamos á expresar nuestros ideales y la forma en que entendemos la obra á cuya ejecución estamos dedicados.

I.—LA OBRA: SUS FINES Y SUS GRANDES PROYECCIONES

No ha faltado quien, tomando en cuenta la poca significación de nuestros nombres, nos haya preguntado si nos damos cuenta de la obra que estamos realizando.

Sí, sabemos adonde vamos; nos damos cuenta exacta de la trascendencia y de las proyecciones grandes, muy grandes, de nuestra obra. Ella, recordándonos los días de gloria que pasaron, haciendo revivir figuras legendarias, hará pasar ante nuestra vista la edad heróica, en la que todos

orientales eran héroes; con su ejemplo, poniendo de manifiesto el origen inmensamente glorioso de nuestra nacionalidad, hará revivir virtudes cívicas que hoy parecen adormecidas.

Es muy común llamar *la patria chica* al suelo nativo, refiriéndose á su extensión territorial; pero, es que de la idea exacta de la superficie, muchos espíritus pequeños han pasado á considerar á nuestra patria *chica* en todo sentido. Los *Episodios de la Independencia* demostrarán á propios y extraños, que, si la República Oriental es *chica* por su territorio, es grande, muy grande, por su origen, por sus anales, por sus glorias y por sus héroes.

El 25 de Mayo de 1810, gloria grande, brillante; pero antes tuvimos nosotros la Junta de Gobierno del año VIII, y después el 25 de Agosto de 1825!—Estudiemos esas fechas bien á fondo, posesionémonos bien del medio ambiente y de la época en que se desarrollaron esos acontecimientos; y, luego, aquilatemos ambas glorias, pesémoslas en la balanza fiel en que la Historia pesa los méritos y las glorias, y nos sentiremos orgullosos de ser orientales!

Hay en la historia de los pueblos un espectáculo más grandioso que el que presenta la insurrección expontánea y unánime de todo el territorio de la Banda Oriental en el año XI?—Comienza el incendio en un rincón perdido, en Asencio; y luego como si fuera comunicado por un reguero de pólvora, es todo el territorio el que arde en febril entusiasmo, en indomable patriotismo, desde Soriano á Cerro-Largo, desde Belén hasta Maldonado. Brotan los héroes de entre los montes, como flores salvajes; de entre las breñas de las

serranías, como fiorescencias expontáneas En el lapso de tiempo que media entre el año XI y el año XXX, resplandecen las páginas de la historia patria; todo es gloria en ellas, todo es heroísmo y abnegagación; aún en el corto lustro de dominación luso-brasilera, se sienten las palpitaciones de los héroes aherrojados!

La Constituyente de Buenos Aires, solemne congregación de ilustres próceres; pero, compárense sus tendencias y sus ideales con los inmortales principios proclamados por el Congreso del año XIII, la gloria insigne del Jefe de los Orientales.

Suipacha, la primera victoria de la Revolución de Mayo, seguida muy de cerca por el desastre de Huaquí, lo mismo que Salta y Tucumán lo son por Vilcapugio y Ayohuma; en la Banda Oriental, después de San José y Las Piedras, el león ibero sólo vuelve á empeñar combate en el Cerrito, sin conseguir más que una nueva derrota.

El pasaje de los Andes, Chacabuco, Maypú, en medio del nimbo de gloria que los rodea, bien merecido por cierto; son acaso glorias más grandes que la Cruzada de los Treinta y Tres, Sarandí é Ituzaingó?

Compárense los medios, los teatros de las operaciones, y será inquebrantable la convicción de que nuestra patria *chica*, es muy grande por su origen y por su gloria!

—Es algo bien sabido y muy lamentable, que en materia de historia nacional hay grande ignorancia en todas las esferas de la sociedad. Se conocen bien, tal vez, las escenas de la Revolución Francesa y las hazañas del gran Napoleón; pero se ignora el origen de nuestra nacionalidad, y la figura homérica del Jefe de los Orienlales, es algo que se admira como

un sér legendario, sin conocer sus méritos ni sus relevantes servidios á la causa americana.

Cuando mucho, se sabe que en tal época acaeció un hecho histórico, y hasta se llega á conocer la fecha; pero su significación, sus detalles, son ignorados por la generalidad. Se va á inaugurar un monumento á Joaquín Suárez; ¿cuántos son los que conocen los relevantes méritos del ilustre prócer anteriores á la Defensa de Montevideo?

Ese es otro de los fines de nuestra empresa; un fin altamente educativo, no sól- en las escuelas, sino también en el hogar, en el local del trabajo, en las oficio nas públicas, en todas partes donde palpite un corazón patriota.

Tales son, pues, los fines y las proyecciones de nuestra obra: levantar el espíritu cívico de los ciudadanos, poniendo de manifiesto, exhumando del olvido, los grandes hechos de nuestros mayores; llevar al ánimo de todos, propios y extraños, grandes y chicos, la convicción íntima de que nuestra patria *chica*, es grande por su origen y por sus anales, y que no tiene que envidiar la gloria de nadie, porque ella resplandece en todas las páginas de su corta historia; y, para conseguir eso, poner al alcance de todos, con todos sus detalles, los hechos gloriosos, tributando á los héroes el homenaje de gratitud que les es debido, y levantando á su memoria un monumento tan perdurable como los de bronce y granito.

II.—EL PLAN DE LA OBRA

Fué objeto de estudios serios y detenidos el plan que habia de servir de base á

la obra, porque no se trataba solamente de hacer una serie de cuadros históricos más ó menos hermosos; sino que se quería hacer una *Historia gráfica de la Independencia* en un número limitado de cuadros.

Nos asiste la creencia de que hemos conseguido realizar nuestro propósito, y de que los veinte cnadros exponen y explican bien la grande era de nuestra emancipación.

Inicia la serie el primer grito de libertad, al que sigue la presentación del gran caudillo en el momento histórico en que es proclamado *Primer Jefe de los orientales.* Vienen luego las glorias de *San Jose* y *Las Piedras* y los dos *sitios de Montevideo*; y, en medio de ellos, el gran movimiento cívico, trasunto de los tiempos bíblicos, el *Exodo del Pueblo Oriental*, su gloria grande, la ostentación de su civismo y de su abnegación en el altar de la patria.

Después, el *Cerrito* y el *Congreso del año XIII*; bien poco conocido es este último acontecimiento. Cuando los directores, los próceres de la Revolución en el Río de la Plata abrigaban y preconizaban ideas de centralismo, de absolutismo oligárquico en el gobierno y hasta de monarquismo, los Orientales proclamaban á la faz del mundo principios de verdadera democracia, de autonomía provincial, de libertad política, civil, comercial y hasta religiosa!— Detengan su atención los pensadores en ese fasto sublime: era el año XIII, en los primeros tiempos del siglo XIX, cuando la ignorancia aun tenía abatido el espíritu del vulgo, y era en la patria *chica!*

La entrada de los Orientales en Montevideo, el año XV; es decir, el triunfo de

las ideas democráticas, de la autonomía provincial.

Después, el eclipse, *Catalán* y la *dominación luso-brasilera.* Se nos ha objetado que no debíamos haber intercalado en la serie de cuadros esas dos fechas, se nos ha dicho que en ellos todo debía ser gloria; ya lo hemos indicado, nuestra idea no es hacer solamente una serie de cuadros históricos, sino estudiar la grande era de nuestra independencia. Pero no teman los patriotas: en el Catalán, derrota gloriosa si las hay, haremos resaltar la figura homérica de Andrés Latorre y de los bravos pumas criollos que rodeaban la inmortal enseña de Artigas; la figura de los orientales no será oscurecida en la derrota, sino que resaltará su heroísmo en la lucha desigual, su abnegación cívica.—*Gloria victis!*

Viene luego la reacción patriótica, la era gloriosa de los *Treinta y Tres;* el *Gobierno Provisorio de la Florida*, que dicho sea de paso, muchos confunden con la Asamblea Legislativa, que se instaló después bajo sus auspicios; la *Proclamación de la Independencia*, el reto sublime de un puñado de bravos al poder formidable del imperio; *Rincón*, *Sarandí*, *Ituzaingó*, las *Misiones:* y, por último, la apoteósis, el coronamiento de la obra gloriosa, la *Jura de la Constitución.*

Tal es el plan de nuestra obra; no es sólo una serie de cuadros militares é históricos, *es la historia gráfica de la Independencia.*

Indudablemente que en la colección no figuran algunos hechos gloriosos; pero si fuéramos á conmemorar todas las glorias de la patria, la lista sería interminable, porque, en aquella época homérica,

¿cuál es la fecha que no deslumbra con su gloria?

III.—EJECUCIÓN DE LA IDEA

El plan estaba formado, pero el ejecutante no podía formarse con la misma facilidad. Ese fué el grande escollo que paralizó la empresa por varios meses. Y no podía ser de otro modo: era tarea árdua la de acometer la ejecución de veinte composiciones pictóricas con tema histórico obligado.

Muchas condiciones excepcionales necesitaba el artista que había de tomar á su cargo la ejecución de la magna empresa. Grande inspiración, conocimiento exacto y prolijo de su arte, facilidad en la concepción y en la comprensión íntima de los sucesos que había de trasladar á la tela; pero, con ser muy importantes esos dotes que no muy fácilmente se encuentran reunidos en un artista, con bastar ellos para formar un pintor de talla, no bastaban aún para la fiel ejecución de nuestra obra.

Necesitaba el ejecutante conocimiento exacto del medio, del suelo, de la naturaleza, de los tipos, costumbres, indumentaria, caracteres; y, más aún, necesitaba ser oriental, necesitaba amar la patria á cuyos héroes y á cuyas obras había de levantar el monumento proyectado; era preciso que al trasladar al lienzo los gloriosos episodios de la historia patria, sintiera en su alma fogoso aliento de entusiasmo, que, comunicándose á su pincel, haría revivir los tiempos homéricos que pasaron, con sus luchas y con sus glorias!

Comprendíamos, sí, muy bien, la empresa que habíamos concebido; la com-

prendíamos en toda su importancia y con sus grandes proyecciones!

La casualidad trajo á nuestras manos el número único «Rivera» publicado el año 1894 por los acreditados talleres de la Litografía Oriental. Llamónos la atención, primero el retrato del bravo oficial artiguista; pero cuando vimos la composición que representa los últimos momentos del caudillo, redoblóse nuestro interés.

Hay verdad, hay realismo, hay conocimiento del medio, de las costumbres, de la indumentaria de la época; y hay, sobre todo, fidelidad en la concepción del momento pictórico y en la representación del hecho, unido todo á excepcional habilidad artística.

Buscamos la firma; ó mucho nos equivocábamos, ó estaba hecho el hallazgo que de meses atrás buscábamos con ansia. .

No conocíamos entonces á Diógenes Héquet, pero pocas palabras bastaron para que quedara formado el pacto de comunidad de ideas y de opiniones en la empresa.

No dejó de asustarle un poquito al pintor la idea de las veinte composiciones artísticas con tema histórico y obligado, pero supimos inspirarle confianza,—la que nosotros abrigábamos ya en él,—en sus propias fuerzas; y entonces pudimos acariciar la esperanza de ver realizado nuestro ideal patriótico.

Con Héquet fué un hecho, lo que antes era sólo un ideal; la idea se haría carne, y los «Episodios de la Independencia» verían la luz de la publicidad.

No vamos á hacer el elogio del artista; lastimaríamos su modestia. Ahí están sus obras que hablan por nosotros. Sus colegas, los artistas, que vieron los dos primeros cuadros de la serie, los juzgaron

buenos; encontraron mejor el tercero, y así, en escala ascendente, cada nuevo cuadro que concluye el ejecutante de nuestro ideal, es considerado como el mejor.

A dónde llegará el jóven é inspirado pintor?

Sus amigos y sus admiradores ya lo saben.

No concluiremos este parágrafo de nuestra ya larga manifestación de ideas, sin hacer pública, una vez más, nuestra gratitud á la Dirección G. de Instrucción Pública, que tomando la empresa bajo sus auspicios y suscribiéndose á cierto número de colecciones destinadas á las escuelas públicas, la hizo viable.

También daremos un voto público de gracias al señor Jacobo Peuser y á sus dignos colaboradores, en cuyos acreditados talleres se ejecuta la reproducción de los cuadros; sus fototipías son verdaderas obras de arte, de que pueden enorgullecerse con justos títulos.

IV.—LA BATALLA DEL CERRITO

Este episodio fué el primero que se ejecutó, y fué debida esta preferencia á que estábamos en conocimiento de todos sus detalles, por un erudito artículo del doctor don Eduardo Acevedo Díaz, que vió la luz pública en LA RAZON.

Para la ejecución de los cuadros de combate, habíamos elejido el procedimiento episódico. Cuando son en pequeño formato, las vistas panorámicas de las batallas no hablan al alma, dejan frío el corazón; no se distinguen los combatientes si no como pequeños puntos negros, y no es posible hacer resaltar el heroísmo y el valor. Enciende más el entusiasmo cual-

quier episodio heróico de una batalla, que la vista de toda ella en conjunto, sobre todo, si es en escala menor. En las tendencias de nuestra obra, se encuadra mejor el procedimiento episódico, y por eso lo hemos adoptado.

Para la mejor comprensión de este cuadro, como de los otros, vamos á recordar á grandes rasgos como tuvo lugar el acontecimiento que le sirve de tema.

La vanguardia del ejército patriota, bajo las órdenes del coronel don José Rondeau, estrechaba por segunda vez el sitio de Montevideo, último baluarte que quedaba ya á los realistas en el Río de la Plata. Habiendo tenido estos noticia de que escaseaban la municiones en el ejército sitiador, y deseando tener ocasión de obtener una victoria que reputaban fácil, antes que llegara al asedio el grueso de las fuerzas patriotas, resolvieron hacer una salida fuera de los muros y sorprenderlos en su campo.

Antes que alumbrara el sol del 31 de Diciembre de 1812, salieron sigilosamente los realistas del recinto amurallado, divididos en tres columnas de ataque: una de caballería regular, por la derecha de la ciudadela, á las órdenes del coronel Chain, como en dirección al Buceo; la que iba á las inmediatas órdenes del general en jefe don Gaspar de Vigodet, marchó por la costa de la bahía, como en dirección al Cerro; y la tercera que obedecía las órdenes del bravo brigadier Muesas, marchó de frente al campo sitiador, que ocupaba las alturas del Cerrito.

Cerca de 3,000 hombres de las tres armas contaba el ejército atacante. La division de Vigodet, no encontrando enemigos á su paso, no disparó un tiro en la acción.

Dormían descuidados los libertadores, cuando la columna de caballería de Chain. llegando á las avanzadas patriotas, sorprendió las fuerzas del bravo paraguayo Balta Vargas. Corta pero encarnizada fué la pelea, que sorprendidos en medio del sueño, ni tiempo tuvieron de formar los criollos de Vargas, teniendo al fin que rendirse éste con algunos oficiales.

Muesas, seguía entretanto, en dirección al Cerrito. Sorprende al n.º 6 de infantería acampado allí; el pánico se apodera del ejército patriota, que en medio de la confusión no obedece la voz de sus jefes, y, después de leve resistencia, abandona el campo en desorden. Dueños de él los realistas con tanta facilidad, allí se detienen, en vez de perseguir al enemigo, y este error los perdió.

Llegan los patriotas en su fuga al arroyo de Casavalle, distante menos de media legua de su campo; detiene allí su marcha una carreta de municiones, que llegaba en ese momento del cuartel general; esta feliz casualidad y la voz de sus jefes, infunde aliento en la tropa. Municiónase de prisa, fórmase en columna de ataque el n.º 6 de infanteria de línea, de negros y mulatos, y vuelve valiente al campo de la lucha, atacando á la bayoneta á los realistas, que como hemos dicho, ocupaban las alturas del Cerrito.

A los primeros disparos cae herido de muerte el bizarro brigadier Muesas, y, roto el nervio de la resistencia, ceden los tercios realistas, abandonando á su vez, el campo en derrota; atácanlos por el flanco los Dragones Orientales, que al galope de sus caballos acudían á la lucha, y la victoria del primer momento, conviértese en espantosa derrota. Tras los restos del

vencido ejército realista, ciérranse los férreos portones de las murallas de Montevideo, y ya no vuelven á abrirse más que para dar entrada, algunos meses mas tarde, al victorioso ejército patriota.

Tal fué, á grandes rasgos, la batalla del Cerrito. Hay otra versión que dice que el brigadier Muesas no murió de herida de bala; sino, que en la retirada, estrechado por los Dragones Orientales, recibió un sablazo. Hemos adoptado la primera versión, que es también la que acepta el doctor Acevedo Díaz en su artículo citado, porque es la que creemos más fidedigna; desde el momento que, dado el carácter de Muesas y el número y calidad de las fuerzas que lo rodeaban, difícilmente hubieran éstas abandonado sus posiciones y dado lugar al ataque de flanco de los Dragones, sí, con la muerte de su jefe, no se hubiera roto el nervio de la disciplina, ya debilitado por el inesperado ataque de los bravos pardos y morenos de Soler.

Para la representación de este glorioso hecho de armas, hemos elegido el episodio del ataque á la bayoneta del n.° 6 de línea, sobre el regimiento del Fijo y los Voluntarios de Madrid, formados en batalla en la cumbre del Cerrito. Es este el momento que consideramos decisivo de la victoria, si bien la arremetida de los Dragones Orientales es otro brillante episodio que la consumó y que hubiera dado un hermoso tema para otro cuadro.

En el nuestro, figura á la derecha el regimiento patriota n.° 6 de infanteria de línea, de pardos y morenos; su jefe, el coronel Soler, vestido de soldado, según la versión de Rondeau, conduce á su gente espada en mano; en segundo término,

Rondeau la anima con la voz y con el ademán; á lo lejos se distinguen los Dragones Orientales, que, al galope de sus caballos, acuden á tomar parte en la refriega.

A la izquierda, en primer término, el famoso regimiento del Fijo, y en segundo término los Voluntarlos de Madrid, esperan á pie firme la arremetida; Muesas es herido y cae del caballo.

El regimiento n.º 6 está uniformado según la moda de la época: pantalón blanco, chaqueta azul de paño, correaje blanco y gran morrión. El regimiento del Fijo, según la versión que da don Isidoro De María en su *Montevideo Antiguo;* y los Voluntarios de Madrid, según el álbum historico de uniformes del ejército español de Clonard, que puede verse en la Biblioteca Nacional.

V.—LA BATALLA DEL RINCÓN

Para la ejecución de este cuadro podíamos disponer del parte original del jefe vencedor, que existe en el archivo del Estado M. G. del Ejército, y de un precioso artículo del doctor Federico E. Acosta y Lara, inserto en el número único «Rivera», que ya hemos citado.

La acción tuvo lugar así: supo Rivera que los brasileros tenían depositada en el Rincón de las Gallinas una numerosa caballada, y resolvió arrebatarles ese importante contingente de guerra. Púsose al frente de 250 hombres, y en la mañana del 24 de Setiembre de 1825 realizó felizmente la operación.

Se disponía á abandonar su peligrosa posición, llevando el botín conquistado, cuando tuvo conocimiento de que el coro-

nel brasilero Gomez Jardim le cerraba el paso en la angosta salida del Rincón, entre el Uruguay y el Negro. Traía consigo el jefe imperial dos regimientos de caballería, fuertes en total de 700 hombres; uno á sus inmediatas órdenes, y el otro á las del de igual graduación José Luis Mena Barreto. No pudiendo suponer la audaz operación de Rivera, venían descuidados; Mena Barreto con su gente adelante, á alguna distancia del resto de la fuerza.

Sin retirada posible,—pues el río Negro estaba ocupado por una escuadrilla imperial y el general Abreu con un cuerpo de ejército se hallaba en Mercedes,—Rivera no trepidó un momento, y, apenas estuvo á su alcance, atacó al primer regimiento brasilero, arrollándolo completamente y llevando entonces la arremetida sobre la otra fuerza imperial, que apenas tuvo tiempo para apercibirse al combate, pero que fué al mismo tiempo atacada por el flanco por un destacamento, que, con Servando Gomez á la cabeza, se le había aproximado oculto por el monte que bordea el río Negro.

Fué esta una brillante victoria que costó á los imperiales más de 100 muertos en el campo de batalla,—entre estos el coronel Mena Barreto,—y más de 300 prisioneros, gran cantidad de armas y municiones.

Como episodio culminante, elegimos para la representación de este hecho de armas el primer momento de la batalla: Rivera ataca al primer escuadrón imperial, llevando el pánico á sus filas. El bravo caudillo va al frente de sus fuerzas, sereno, con el látigo como arma de combate, según cuenta la tradición; lo siguen entusiasmados los criollos, pobre-

mente *empilchaos*. En cambio, los regimientos brasileros lucen el lujoso uniforme de la época, cuyos detalles hemos obtenido de fuentes fidedignas.

VI.—«VÁYANSE CON SUS MATREROS»

Donde hoy se levanta el templo del comercio, la Bolsa, se levantaban en otrora los muros vetustos de un edificio colonial, cuyo aspecto nos ha conservado la tradición: era el convento de San Francisco.

En aquellos tiempos de oscura ignorancia, bajo sus bóvedas sombrías había recibido la escasa instrucción de la época lo más granado de la niñez del Real de San Felipe; y allí también habían ido á buscar asilo algunos espíritus elevados y selectos, que no encontrando en los estrechos límites del regimen colonial espacio para el vuelo de su imaginación, ni teatro para el desarrollo de sus facultades intelectuales, habíanse dedicado al estudio silencioso, echando sobre sus hombros el pardo sayal de la orden franciscana.

Había allí un grupo de religiosos *criollos*. hijos de la tierra, en los que la vida conventual no había apagado el fuego de su corazón patriota y generoso; había allí espíritus clarovidentes, que desde los sucesos del año VIII veían precipitarse los acontecimientos, y no dudaban que llegarían los tiempos de emancipación de la tutela colonial.

Su modo de pensar había trascendido fuera de los muros del convento, y los empecinados realistas miraban con desconfianza á aquellos frailes patriotas que no rendían culto ciego al ideal monárquico. Por eso, cuando Artigas, después de Las Piedras tendió sus líneas de asedio

á un tiro de cañón de la ciudadela, el violento virey Elío, en un rapto de cólera, creyó prudente desembarazarse de aquellos elementos díscolos al sistema, y, ya que no había causa concreta para mayores violencias, resolvió expulsarlos fuera de los muros.

En una oscura y fría noche de invierno, presentóse inopinadamente en el convento un oficial del batallón de Voluntarios de Madrid con fuerte escolta, y sin dar tiempo á los religiosos patriotas para recoger lo más indispensable, ni hacerles saber cuál sería su suerte, se hizo seguir por ellos, invocando orden del virey.

Cruzaron silenciosos las desiertas calles de la dormida ciudad colonial, y, cuando hubieron llegado al recinto, se abrió sin ruído el postigo del férreo portón de San Pedro: hiciéronlos desfilar fuera de las murallas, y, señalándoles con la espada los fogones del campo artiguista que brillaban á lo lejos: «*Váyanse con sus matreros*», díjoles el oficial, dejándolos en medio del campo, y cerrando tras ellos nuevamente el cinturón de hierro y de granito que circundaba el Real de San Felipe.

Este hecho rigurosamente histórico, está magistralmente narrado en las páginas del *Ismael* del doctor Eduardo Acevedo Diaz.

Entre los religiosos patriotas expulsados estaba Fray José Benito Lamas,—que está retratado en el cuadro—de distinguida, familia y que después ocupó elevada posición.

Cuando tratamos de representar gráficamente el grande acontecimiento del primer sitio de Montevideo por las fuerzas patriotas el año XI, este fué el episodio

elegido. La razón de su preferencia sobre cualquier otra escena de guerra, fué debida á que en él se demostraba de una manera clara y evidente ciertos datos de orden moral é intelectual, que no debe dejar perecer en el olvido quien quiera historiar una época cualquiera de la vida nacional, máxime si ella es precisamente el origen de la nacionalidad.

Con la expulsión de los religiosos franciscanos, quisimos hacer patente que la insurrección expontánea de la Banda Oriental no obedecía á simple espíritu de insubordinación de las masas campesinas contra las autoridades locales; quisimos hacer resaltar que las ideas de independencia y libertad, habían hallado éco en espíritus elevados. y se habían hecho carne en inteligencias cultivadas.

Todavía es muy poco conocida entre nosotros la historia de aquella época de formación de la nacionalidad; por eso es muy corriente y generalizada la idea de que sólo á las masas campesinas, á los gauchos, debemos la patria y la libertad.

No; ellos fueron el brazo abnegado, la gran fuerza que dió vida al ideal; sin ellos no hubiera sido posible alcanzar la libertad de la patria, porque la idea necesita el brazo que la ejecute, que la convierta en realidad. Pero, por otra parte, las masas, la fuerza ciega, sin una idea fija, sin un fin preconcebido y que llene las necesidades de la evolución histórica de los pueblos, no puede fundar nada estable ni duradero. Abundan en la historia ejemplos que prueban esta verdad.

Este episodio demuestra también cuan arraigado estaba en la Banda Oriental el espíritu de libertad é independencia, desde que la clase social, que, por su carác-

ter y tendencias, ha sido siempre conservadora y reacia á los momentos de entusiasmo, apoyaba sin reservas el movimiento insurreccional.

El apoyo del clero á la causa de la independencia, está plenamente probado por la adhesión del sabio sacerdote Larrañaga, del padre Monterroso, de los franciscanos expulsados de Montevideo y de casi todos los párrocos de los pueblos de la campaña; es conocida la parte activa que tomaron en la batalla de Las Piedras, los distinguidos sacerdotes Valentin Gomez y Figueredo.

Este cuadro nos dió motivo para restaurar un rinconcito de Montevideo colonial; y este es otro de los motivos que lo hacen interesante, y que no puede pasar desapercibido para los inteligentes.

La escena tiene lugar de noche, según dejamos dicho; la única luz que la alumbra es la de un farol que tiene un soldado del Fijo, cuerpo encargado especialmente de la guardia de las murallas; las sombras envuelven el recinto amurallado, dejando vislumbrar solo su silueta. En primer término se ven el porton y la batería de San Pedro, situados entonces donde hoy se encuentran las calles 25 de Mayo y Juncal; parte de allí la línea sinuosa de las murallas, bordeadas por el ancho foso; á lo lejos se divisa fantástica la mole de la Ciudadela, que nosotros conocimos de niños convertida en feria permanente, después de haber sido mercado público.

Esta restauración es rigurosamente histórica; el pintor no ha hecho más que copiar los datos de un plano de Montevideo, fechado el 15 de Noviembre de 1766, y firmado por un señor Cardozo, que se conserva auténtico en la Junta E. Adminis-

trativa. En ese plano hemos encontrado todos los datos que podíamos necesitar; la altura y delineación de las murallas, ancho y profundidad de los fosos, y posición de los portones y baterías.

El foso estaba cortado frente al porton de San Pedro por una calzada de piedra, que daba acceso á la plaza militar y facilitaba la entrada y salida de las tropas y artillería; en ambos costados de esta calzada había grandes *poyos* de piedra, que al mismo tiempo que servían de baranda á la bajada á los fosos, eran el asiento de los viandantes matinales, que tenían que esperar allí hasta que el cañonazo del alba diera la señal de abrir el postigo que daba entrada á la ciudad, hasta que otro cañonazo indicaba la hora de la apertura completa del portón.

La descripción del portón, así como la de la calzada y de los *poyos*, se la debemos á nuestro venerable historiador don Isidoro De Maria, que alcanzó á conocer todo eso.

Aunque sea de paso, no podemos eximirnos de hacer un elogio al pintor, porque en este cuadro, como en todos, al interés histórico se une el mérito artístico. El grupo de los religiosos se destaca espléndidamente, y en sus rostros están fielmente expresados los distintos sentimientos que agitarían su ánimo en aquellos momentos solemnes.

Lo encabezaba Fray José Benito Lamas (retrato auténtico), que muestra en su cara la serenidad de su alma digna y altiva, que asume la responsabilidad de sus actos; el rostro de otro religioso, expresa la resignación con su suerte; en otro, la cólera por el atentado; en otro, de alma pusilánime, el temor; en el de más allá, la

duda de cual será su suerte, que trata de adivinar en las tinieblas; y así en todos los personajes se ve perfectamente expresado el estado del ánimo según su temperamento: en el oficial, orgullosa altivez, en el soldado del Fijo, estúpida indiferencia.

Tal es el significado y la ejecución de *Váyanse con sus matreros!*

VII.—EL GRITO DE ASENCIO

¿Quién conoce el arroyo de Asencio?—En los mapas de la República no está señalado, y aun no hemos encontrado á nadie que nos haya dicho que lo ha visto alguna vez.

Será tal vez alguna insignificante corriente de agua, de esas que llevan vida efímera y precaria en los meses del invierno, y que pierden en los del verano su corto caudal al faltarles la provision de las lluvias. Cuantos nombres como el del desconocido arroyuelo, ha inmortalizado la historia, cuando los ha encontrado bañados por el hálito de fuego del heroismo y de la gloria!

En sus orillas se desarrolló la primera escena del grandioso drama de nuestra independencia, cuya apoteósis tuvo por teatro á Montevideo, diez y nueve años más tarde, al jurarse la Constitución.

Pedro José Viera y Venancio Benavidez, á los cuales debe agregarse Ramón Fernández—cuyo nombre ha permanecido oscurecido por injusticias de la historia,—fueron los iniciadores del movimiento insurreccional. No creemos que en ellos naciera la idea, pues el nombre de Arti-

gas está unido á este episodio por declaración del mismo Fernández; pero lo indiscutible es que á ellos pertenece la gloria del primer acto externo, de la primera manifestación de la idea que bullía en el cerebro, que se había hecho carne en el corazón de los habitantes todos de la campaña de la Banda Oriental.

El 28 de Febrero del año XI, con pretexto de trabajos de campo, reunieron un centenar de criollos de aquellos *pagos*, y, armándolos con lo que hallaron á mano, los proclamaron en nombre de la patria y de la libertad, declarándose en plena insurrección contra el régimen colonial

En el mismo dia sorprendieron y rindieron las guarniciones realistas de la *Capilla Nueva* y de Soriano, oficiaron á Artigas y á la Junta de Buenos Aires dando cuenta del movimiento, y, dado este impulso, la insurrección inmediatamente se hizo general en todo el territorio.

Tal es el tema del cuadro que nos ocupa; su mérito pertenece por partes iguales al doctor Acevedo Díaz y á Diógenes Héquet, los dos son inspirados artistas; aquel con la pluma, éste con el pincel, hacen revivir los tiempos homéricos que pasaron, y á los dos deberá la patria el que no perezcan en el olvido sus glorias más grandes, las páginas más brillantes é inmaculadas de su historia.

Ya otra vez hemos citado á *Ismael*, porque el que quiera ocuparse de la historia del origen de nuestra nacionalidad, á sus páginas ha de acudir, porque en ellas late la vida de aquella época, se respira en su medio-ambiente y se vive en sus costumbres que pasaron. En *Ismael* se inspiró el pintor al trasladar la escena con tanta maestría á la tela.

Es un precioso cuadro campero, de exquisito sabor criollo, en el que se aspira el aroma de nuestros campos y se vive la vida de nuestros paisanos.

Venancio Benavídez llega con su *gente* á la cita; Viera (retrato auténtico, que debemos al doctor Juan Gil) la proclama, en tanto que la suya se prepara para unirse al contingente que llega.

Todos los detalles han sido perfectamente estudiados por el pintor; el ombú de grueso tronco, el rancho de terrón y techo de paja y la enramada, forman digno marco á la preciosa escena que se desarrolla en el cuadro. Aun humean los fogones en que se preparó el primitivo banquete; dos perros, que aprovecharon sin duda sus piltrafas, parecen guardarlos; un paisano, de tez tostada por el sol, y que luce en la diestra larga lanza con banderola, junto al ombú escucha atento la fogosa arenga de Viera; en tanto que otro gaucho, que tal vez no la entienda, coloca indiferente las *pilchas* sobre el lomo de su fuerte potro.

Destácanse en el centro las imponentes figuras de los dos caudillos, y al fondo el abigarrado y pintoresco grupo de la hueste entusiasmada. Todo ha sido estudiado en la ejecución de este cuadro: los caracteres, los tipos, las costumbrs, la indumentaria y el vestido; todo está de acuerdo con el medio y con la época.

Para todos los orientales tiene especial interés, pues representa el origen de la nacionalidad; pero para los aficionados á las cosas criollas mucho más, desde que es la representación fiel y exacta de la vida de nuestros campos.

VIII.—ARTIGAS EN LA CALERA DE LAS HUÉRFANAS

Ya lo hemos dicho; no hay en la historia de los pueblos espectáculo más grandioso, que la insurrección expontánea y unánime de todo el territorio de la Banda Oriental, en los primeros meses del año XI.

En un folleto que publicamos no ha mucho, describimos así la insurrección:

« ...Voces de libertad y alaridos de gue-
» rra llenaban todos los ámbitos de la Ban-
» da Oriental: de los senos recónditos de
» los frondosos montes, de las fragosas sie-
» rras, de los rústicos ranchos situados so-
» bre las verdes cuchillas, hombres de ex-
» traña catadura habían salido á formar las
» huestes que en todas direcciones propa-
» gaban el Evangelio de la redención...

» Por lo alto de la cuchilla, ó en la hon-
» donada, siguiendo el curso de algún arro-
» yo, se veía culebrear la hueste, que al
» pasar junto al monte ó cerca del solita-
» rio rancho recibía el contingente de san-
» gre y de fuerza que engrosaba el núcleo.
» Adelante el caudillo, luciendo general-
» mente en la diestra larga y fuerte lanza,
» arma formidable en su musculoso bra-
» zo; detrás en formación caprichosa é
» irregular, *la gente*; abigarrado conjunto
» en que se veían reunidas todas las ra-
» zas: el de origen europeo de rasgos pu-
» ros y mirada inteligente, junto al des-
» cendiente del aborigen, mudo y taci-
» turno; el africano torpe, junto al zambo
» pesado é indolente y al mulato bullan-
» guero y decidor.

» Sin más vestimenta que el pátrio *chi-*
» *ripá* y la bota de potro; con el muscu-
» loso tronco muchas veces á la intempe-

» rie, ó cubierto por guiñapos, ó también
» algunas veces por abrigado poncho; so-
» bre la cabeza flexible sombrero *de panza*
» *de burro*, ó sin más resguardo que una
» *vincha* en la frente, los fuertes heraldos
» de la libertad, montados en resistentes
» potros, cruzaban el territorio en todas
» direcciones. Ni el sol ni la lluvia los
» arredraba ni detenía; tan pronto en lo
» alto de la cuchilla se divisaban en toda
» su fantástica apostura, como semiescon-
» didos en el alto cardal ó entre la flore-
» cida *carqueja*, sólo se distinguían los
» curtidos rostros y el bosque de lanzas,
» cuyas banderolas tremolaban movidas
» por auras de libertad.

» En el silencio de los solitarios cam-
» pos, se percibía á lo lejos el rumor ex-
» traño de la hueste; el trotar de la caba-
» llada, que simulaba lejana tormenta,
» unido al chasquido de los sables y de
» las espuelas *nazarenas*, era como la voz
» de llamada para los rezagados ó para
» los que, ocultos en los montes, aguar-
» daban la ocasión de allegar su contin-
» gente.

» Y así marchaban leguas y leguas sin
» rumbo fijo ni dirección combinada, no
» evitando, sino buscando los encuentros,
» y acometiendo al enemigo sin calcular
» su fuerza, con el fiero y ciego empuje
» de la res bravía.

» Generalmente, allí donde los tomaba
» la noche, junto al arroyo ó en la ladera
» del monte, acampaban; la luz fantástica
» de los fogones reunía los grupos, que,
» pasando el *cimarrón* de mano en mano,
» retemplaban la fibra, contándose las
» proezas del músculo y del valor, ó tra-
» yendo á la memoria reminiscencias del
» rancho, lejano pero no olvidado, en que

» la amante de ojos negros y decidores
» aguardaba las escasas y tardías noti-
» cias del que luchaba por la patria.

» .... Pero no mucho tiempo rodaron
» sin rumbo determinado, que pronto se
» presentó el caudillo, y al prestigioso
» llamado de Artigas, los grupos disper-
» sos uniéronse en apretado haz, y á gol
» pes de sable y botes de lanza acorrala-
» ron al antiguo y bizarro dominador, en-
» cerrándolo dentro de los muros de la
» vieja Ciudadela de Montevideo,—la muy
» fiel y reconquistadora,—como en estre-
» cha madriguera de que ya no volvió á
» salir más... »

Ese es el tema del cuadro: la presentación del gran caudillo en el momento histórico en que asume el mando en jefe de las milicias orientales, y es proclamado unánimemente *Primer Jefe de los Orientales*, en la antigua Calera de las Huérfanas, situada en el departamento de la Colonia.

Es este el primer acto de la gloriosa vida política y militar del ilustre prócer; en esa época contaba 53 años de edad. Como no existe mas retrato auténtico que el que diseñó el sabio Bompland en el Paraguay, cuando ya era casi nonagenario, y del cual se han hecho infinidad de reproduciones más ó menos exactas, hemos tenido que reconstruir sobre esa base la fisonomía del héroe, pues el vencedor de Las Piedras, el político del Congreso del año XIII, en la plenitud de la vida y de la actividad, no podía tener la misma fisonomía que el nonagenario retratado por Bompland. Este era una reliquia venerable del perpetuo luchador, gastado por la edad, por las fatigas y por los sinsabores de su trabajada existencia; aquel

era el gran patriota y el político de largas vistas, en la plenitud de las energías y en la brillantez de las facultades.

Pintamos, pues, á Artigas tal y cual era en la época histórica que representamos gráficamente. No ha sido esto difícil para el pintor, pues, sus profundos conocimientos de anatomía artística le han facilitado inmensamente la tarea, habilitándolo para llevarla á feliz término, con toda clase de garantías de fidelidad.

Los datos sobre el lugar de la escena, la histórica Calera de las Huérfanas, los debemos á distinguidos compatriotas, sobre todo á don José M. Neves, antiguo y respetable vecino del departamento, en el que ha ocupado y ocupa elevados cargos públicos.

Destácase en el centro del cuadro la figura imponente del gran caudillo, montado en soberbio caballo blanco, color de su predilección, según cuenta la tradición; traje y *apero* de sóbria sencillez, de acuerdo con su carácter; ha saludado con el látigo á Pedro José Viera, que ha acudido con su hueste á ponerse á sus órdenes, y su mirada de águila parece calcular la fuerza de aquel conjunto abigarrado de criollos, en tanto que quién sabe que ensueños de gloria agitan su cerebro al iniciar la campaña por la libertad de la patria!

Detrás de él están los *Patricios* que lo han acompañado desde Buenos Aires; lucen su extravagante uniforme, que nos describen asi los historiadores: pantalón blanco, blusa azul, faja colorada, sombrero de cuero de copa alta, con escarapela y penacho bicolor y botas Eran los jefes de ese destacamento, — concedido á Artigas por la Junta de Buenos Aires como escol-

ta de honor, — Benito Alvarez, Ventura Vázquez y Eusebio Valdenegro.

Al fondo, al pie del escarpado barranco que forma la calera, se destaca la hueste, cuyos tipos é indumentaria han sido estudiados con el mismo cuidado que en los cuadros anteriores.

Para el que quiera tener el retrato del ilustre fundador de nuestra nacionalidad, ninguno mejor que éste, que lo representa en el teatro de su gloria.

IX.—EL COMBATE DE SAN JOSÉ

Ya la insurrección era general en todo el territorio, y ya las armas de la patria habían hecho sentir su rigor y la fuerza de las huestes de musculosos centauros criollos, á los destacamentos realistas que estaban diseminados en la campaña. Ya los patriotas se habían adueñado de Mercedes y Soriano, y el antiguo rival de Elío, Michelena, había visto rechazada su escuadrilla en las aguas de este último punto.

La tempestad que rugía afuera, resonaba dentro de los muros del Real de San Felipe, y había sacado de quicio al díscolo y violento virey Elío, que, con su cabezota deforme y asustadora, colocada sobre morrudo cuello toruno, sus pelos erizados y sus ojos redondos y saltones, recorría bramando de ira los sombríos patios y habitaciones del antiguo Fuerte, desahogando su cólera en terribles amenazas contra los insurrectos. Había que matar en germen aquel levantamiento de *tupamaros*; sus cuerpos habían de balancearse colgados en los árboles de los caminos, para que sirvieran de escarmiento á los que no rendían ciego vasallaje al

representante del monarca prisionero, ni estaban convencidos de las excelencias del *sistema!*

Esta fué la comisión que recibió el teniente coronel don Joaquín Gayón y Bustamante, que marchó inmediatamente á cumplir la orden, con un selecto destacamento del batallón de Voluntarios de Madrid, á cuyas filas se agregaron los distinguidos oficiales Gaspar Sampiere y Diego Herrera. Aunque por sistema se despreciara á los criollos, no se consideraba tan fácil ahogar la insurrección naciente, desde que se ponía en movimiento contra ella tropa tan elegida, y se le agregaba una pieza de artillería volante.

De Soriano había surgido la chispa revolucionaria, y hacia allá dirigieron su marcha los bravos peninsulares. Era la mañana del 21 de Abril de 1811, cuando al llegar al Paso del Rey, del río San José, encontráronse con la hueste patriota que mandaban Manuel Artigas y Balta Vargas.

«....Avistarse y romper el fuego en guerri-
» llas ambos contendientes, todo fué uno.
» El ronco estampido del cañón realista
» dió la señal, y el vibrante estallido de la
» fusilería llevó los écos de la lucha hasta
» las cuchillas vecinas. De pronto ábrense
» las filas españolas, y la pieza que había
» dado la señal de combate escupe metra-
» lla, que hace algunas bajas en las fiilas
» insurgentes.

» Como si sólo esperaran esa señal, las
» lanzas se agitan violentamente sobre las
» cabezas de los centauros bravíos, que
» con la fuerza del huracán, amagan una
» carga al fondo de las filas españolas, ar-
» rebatándoles la caballada. Repléganse
» éstas, y, sosteniendo siempre el combate
» emprenden la retirada; Diego Herrera

» dirige la retaguardia, que da cara siem-
» pre al enemigo, y en orden perfecto en-
» tran en la villa de San José, dejando tres
» muertos en el camino.

» Las sombras de la noche interrumpen
» la pelea. Los realistas, sin pérdida de
» tiempo, se preparan para la defensa en
» la plaza y en las azoteas. Tienen arti-
» llería: un cañón de á 4 en su cureña, y
» otro de á 24 desmontado, que colocan
» sobre una especie de zorra de cuatro
» ruedas.

» A las primeras luces del alba, renue-
» van los patriotas el ataque, en dos co-
» lumnas, por calles paralelas. Retumba
» la fusilería, truena la metralla: á los
» criollos no les satisface pelear á la dis-
» tancia, y su sangre enardecida reclama
» el combate de arma blanca.

» Es entonces, á la entrada del pueblo,—
» cuando abandonadas como inútiles las
» armas de fuego, empuñaban con nervudo
» brazo la fuerte lanza y el afilado sable,
» —que una granada hispana choca con-
» tra el muro de una construcción colonial
» y sus cascos al expandirse reparten la
» muerte en torno: el brillante oficial Ma-
» nuel Artigas cae derribado del caballo;
» el héroe del Campichuelo, de Paraguary
» y Tacuary, cual nuevo Aquiles, ha sido
» herido de muerte en el pie!

» Bartolomé Quinteros ocupa su puesto,
» y los leones de Castilla no resisten la pu-
» jante arremetida de los fieros pumas
» orientales: abandonan la villa, retirán-
» dose en orden, dando frente siempre al
» enemigo y mordiendo el cartucho con
» estoica serenidad.

» Pero al salir del poblado se les incor-
» poran los refuerzos que desde Montevi-
» deo conduce el preboste don José Aceve-

» do y Salazar. Los voluntarios de Madrid » vuelven valientes á la lucha, formando » cuadro de infantería alrededor de su ca- » ñon. Los patriotas, que no tienen medios » de resistencia, pues les faltan municio- » nes, les abandonan el puesto: y luego que » lo han ocupado, los rodean con un cintu- » ron de lanzas y piden refuerzos á su vez. » Benavídez, el de Asencio, acaba de ren- » dir el Colla; no dejará de acudir á su lla- » mado, y, entretanto, Balta Vargas y » Quinteros guardan impávidos la presa, » que no ha de escapar de sus garras...

» Fué el 24 de Abril: el sol se ocultaba » detrás de la loma lejana, cuando Bena- » vídez llegó con su gente á ocupar su » puesto al frente de las huestes, que lo » esperaban impacientes. La presa había » sido bien guardada; durante dos días y » dos noches se habían repetido las esca- » ramuzas y los combates parciales, sin » que los peninsulares sintieran desfalle- » cer su energía, y sin que los criollos » pensaran un momento en cejar de su » empeño.

» Había llegado el refuerzo esperado; » pocas palabras se cambiaron entre el » antiguo cabo de milicias y los otros je- » fes; antes de atacar se llenarían las for- » malidades....

» Las primeras luces del día 25, encon- » traron á los patriotas en sus posiciones » de ataque; todos estaban en sus pues- » tos; el capellán Manuel Antonio Fernán- » dez y el cirujano Gaspar González, tam- » bien cumplirían como buenos su sagra- » da mision.

» Por las dos calles paralelas que con- » vergen con los dos extremos del costado » Norte de la plaza, atacaron simultánea- » mente los criollos divididos en dos co-

» lumnas: Benavídez y Pancho Bicudo
» conducen una; Balta Vargas y Quinte-
» ros la otra.

» Los realistas esperaban á pie firme la
» embestida.—A las ocho de la mañana el
» fuego era horroroso; tronaba el cañón,
» ardían las azoteas en fuego graneado, y
» el pabellón de oro y gualda lucía sus
» brillantes colores en lo más alto del
» Cabildo, cobijando con su sombra á sus
» heróicos defensores, que caían víctimas
» del deber.

» Una y otra vez, llegaron los fuertes
» centauros, de luenga melena y mirar
» bravío, hasta la orilla de los fosos, al
» pie de las trincheras; la fusilería y la
» metralla abrían claros en sus filas de
» sordenadas en el ataque, pero no des-
» mayaba su heroísmo. Isidoro Almirón,
» vecino de la villa atacada, había sido
» herido *en el ombligo*. y luego que se le
» contuvo la sangre, *vendándosele la heri-*
» *da con un pañuelo. atropelló con más*
» *valor*. Sin citar los jefes, distinguíanse
» por su arrojo, allí donde tan difícil era
» sobresalir, donde todos eran héroes. el
» alférez de Blandengues Francisco Re-
» guello, el porta-estandarte Juan Grego-
» rio Góngora. Miguel Serrano, José Pé-
» rez y Marcelino Galván.

» Cuatro horas duró la refriega, soste-
» nida con igual valor por ambos conten-
» dientes; al fin los libertadores lograron
» apagar los fuegos de las azoteas y rom-
» per la línea de los atrincheramientos.

» Era el medio día, brillaba el sol en el
» meridiano, cuando los clarines patriotas
» entonaban la diana triunfal de la victo-
» ria, en tanto que el heróico león de Cas-
» tilla rendía sus armas á sus hijos, los
» pumas orientales,—nacidos del connu-

» bio de la fuerte raza conquistadora con
» el habitante de los montes que bañan el
» Uruguay y el Negro; — que á pesar de
» las terribles amenazas que habían es-
» tampado en la intimación de la tarde
» anterior, trataron á los prisioneros con
» la hidalguía y la generosidad propios de
» la noble sangre que corría por sus ve
» nas..... »

Tales fueron los combates de Paso del Rey y San José, los primeros que cita el Himno Nacional Argentino en su preciosa estrofa de las victorias; y que nos ha cabido el honor de bosquejar por primera vez con todos sus detalles, en el incorrecto folleto de que extractamos los párrafos anteriores.

Gran resonancia tuvo este triunfo de las indómitas huestes criollas, pues ópimos fueron los frutos de la victoria; cerca de cien prisioneros, entre ellos el comandante en jefe teniente coronel Gayón y Bustamante y los de igual clase Diego Herrera y Gaspar Sampiere; dos piezas de artillería, gran cantidad de armas, municiones y pertrechos de guerra.

Pero con todo, muy cara costó la victoria á las armas de la patria: el distinguido oficial Manuel Artigas sucumbió de resultas de la herida recibida en el combate del 22. Un casco de metralla le había destrozado un pie, y no habiéndose contenido á tiempo la hemorragia, no bastó la pobre ciencia del valiente cirujano criollo Gaspar González para evitar la gangrena; espiraba el ilustre prócer, al mismo tiempo que su primo el Primer Jefe de Orientales, después de la victoria de Las Piedras, establecía el primer sitio de Montevideo é intimaba la rendición al virrey.

Para la representación de estos glorio-

sos episodios, elejimos el combate definitivo del 25 de Abril; y lo primero que hubimos de averiguar, fué lo que era la villa de San José en el año XI.

« Ya en aquel entonces, la ciudad de
» San José no era un insignificante vi-
» llorrio. Como fundación española, sus
» calles eran rectas, tiradas á cordel, for-
» mando cuadrados perfectos, que rodea-
» ban las manzanas de una cuadra por la-
» do, edificadas ó no, pero guardando la
» delineación establecida.

» En el centro, la gran plaza de cuatro
» cuadras de circuito, rodeada en su ma-
» yor parte por espaciosas casas de azotea.
» En el costado que mira al Norte se le-
» vantaba la iglesia, de campanario acha-
» tado; junto á ella, el edificio del Cabil-
» do,—donde tenían su asiento las autori-
» dades coloniales,—construcción lujosa
» en aquella época, con su frente ornado
» con columnata de piedra, y sus venta-
» nas guarnecidas por fuertes rejas; des-
» pués, en la misma situación, había un
» rancho humilde, de terrón y techo de
» paja: era la escuela.

» Signos de la época colonial: la iglesia
» junto al Cabildo: Dios y el rey!

» En ambos edificios pretensiones de lu-
» jo; pero en el segundo, fuertes barras de
» hierro en la ventanas y macizas puer-
» tas de madera dura: era férreo el po-
» der real!

» A su lado, humilde, insignificante, la
» escuela: la educación del pueblo no era
» lo que más importaba en aquel entón-
» ces!....»

Todos estos datos, ilustrados con un plano de la villa en aquella época y con cróquis de los edificios que en aquel entonces rodeaban la plaza, entre ellas la igle-

sia y el cabildo, se los debemos al distinguido compatriota de San José señor C. B. de la Hanty. de quien los obtuvimos por intermedio del ilustrado cura rector de la parroquia, doctor don Norberto Bentancour.

También nos envió un cróquis,—y el doctor don Teodorico Nicola una fotografía,—de la casa frente á la cual fué herido Manuel Artigas, que aun existe y está reclamando una placa conmemorativa.

Los españoles se habían fortificado en la plaza, abriendo fozos en las boca-calles, haciendo trincheras con carretas volcadas, y guarneciendo las azoteas que la rodeaban. Apuntando al Norte, estaba el formidable cañón de á 24, sobre su improvisada cureña de cuatro ruedas, que estaban trabadas con fuertes cuerdas.

En nuestro cuadro está pintado en primer término el ángulo Norte de la plaza, con el famoso cañón de á 24 colocado á la orilla de un foso aun no concluído, y rodeado por los valientes Voluntarios de Madrid, cuyo uniforme está tomado del álbum de Clonard, según ya hemos dicho; detrás del primer pelotón de peninsulares, está su jefe, Gayón y Bustamante, á caballo; al fondo se distingue la iglesia y el cabildo, tal como eran ambos edificios, lo mismo que los que cuadran la plaza; varios grupos de realistas van á tomar posiciones, en tanto que otros guarnecen las azoteas; en la del cabildo aun flamea el pabellón del rey.

Por la izquierda y por el fondo viene la avalancha de los criollos; nada los detiene, y al galope de sus caballos salvan las trincheras, y caen como torbellinos sobre las filas de los peninsulares En primer término, sable en mano, figura

Bartolomé Quinteros (retrato auténtico, que debemos á don José Luis Antuña, y que conservamos en nuestro archivo).

Hubiéramos deseado que, tanto en este cuadro como en el del *Grito de Asencio*, hubiera figurado el retrato de Benavídez; pero fueron inútiles cuantas tentativas hicimos para conseguirlo.

Ni en Montevideo ni en Buenos Aires pudimos obtenerlo, á pesar de las pacientes investigaciones que hicimos personalmente, y de las que en Buenos Aires hicieron nuestros buenos amigos. los distinguidos publicistas argentinos don José J. Biedma, sub-director del Archivo de la Nación, y el doctor don Victoriano E. Montes, director de la Escuela Normal de Profesores. En nuestro obsequio se registró prolijamente el Museo Histórico Argentino, y los riquísimos archivos del ilustre historiador general don Bartolomé Mitre y de don Angel J. Carranza, á quien mucho debemos, entre lo cual hay algo que reservamos por ahora, pero que á su tiempo despertará grande interés

Parece que el destino no quiso que se conservara la fisonomía del que defeccionó de sus banderas, muriendo tristemente en Salta.

Tampoco pudimos obtener los retratos de Pancho Bicudo y de Balta Vargas; el de este último lo pedimos al Paraguay,—donde fué fusilado por órden del dictador Francia,—al distinguido abogado paraguayo, doctor José T. Legal, que se formó en la Universidad de Montevideo. En aquella época de terrible vorágine no abundaban los pintores; y, por otra parte, á aquellos héroes humildes, de abnegación ilimitada, lo que menos los preocupaba era que la posteridad había de acordarse de ellos!

Qué más diremos de este espléndido cuadro? Lo que dijimos al principio de esta publicación: que á medida que avanza en su tarea, el inspirado pintor pone más de manifiesto sus relevantes facultades artísticas.

La vida, el movimiento, la verdad, el realismo que hay en él, es algo más que notable. Ya lo hemos dicho: con Héquet será una realidad nuestro querido ideal; él cosechará gloria, cuyos refl jos llegarán hasta nosotros, como llegan los rayos del sol hasta el humilde arbusto que crece al pie del gigantesco ombú de nuestras cuchillas.

Y ahora, si los lectores, no están aún muy fat gados, en el artículo próximo nos ocuparemos de *La batalla de Las Piedras*. Pero no hay que asustarse, porque será definitivamente el último.... por ahora; pues como padrastos cariñosos (porque el padre es el pintor) no podemos eximinirnos de presentar p rsonalmente á nuestros queridos hijos, con los que por tanto tiempo soñamos, como se sueña con una idea que esta muy lejos...

X.—LA BATALLA DE LAS PIEDRAS

Con la batalla de las Piedras, tendríamos tema para llenar muchas carillas, pero no es nuestro objeto historiar esa gran acción de armas en todos sus detalles, y sí sólo recordarla á grandes rasgos; por eso haremos gracia á nuestros lectores de los preliminares que la precedieron, á pesar de que revisten grandísimo interés. Es este un tema grandioso que nos enamora, y, si nuestras absorventes tareas de todo género nos lo permiten, hemos de poner á contribución

algún día nuestras pobres facultades intelectuales para bosquejarlo en toda su grandiosidad.

Las primeras luces del 18 de Mayo de 1811, encontraron á Artigas acampado en las puntas del Canelón Chico. Las fuerzas de su mando alcanzaban á 1000 hombres, que se descomponían así: 250 Patricios, mandados por Benito Alvarez; 96 Blandengues y 54 hombres de caballería, agregados á infantería; una columna de caballería de 148 hombres, al mando del capitán Antonio Pérez; otra de igual número, á las órdenes del de igual graduación Juan León; la reserva, compuesta de 54 hombres de caballería, á cargo de Tomás García Zúñiga; y la hueste de Manuel Francisco Artigas, que quedaba reducida á 250 milicianos de caballería, pues de ella se habían sacado 54 para agregarlos á infantería. La artillería se reducía á 2 cañoncitos de á 2.

Los realistas estaban acampados sobre una loma, distante como dos leguas del campo patriota. Los mandaba el capitán de fragata don José Posadas, que tenía á sus órdenes como 1230 soldados: 600 de infantería, 64 artilleros y el resto de caballería. Disponía además de 6 cañones y 2 obuses.

De manera, pues, que las fuerzas realistas eran muy superiores á las independientes, no sólo en el número, sino también en calidad y armamento; el núcleo era formado por infantería de marina, que ya en aquel entónces se distinguía por su disciplina y valor. Los patriotas, excepto los Patricios, era toda gente bisoña y mal armada; las milicias de caballería no tenían más armas que las lanzas criollas, hechas casi todas de hojas de tijeras de es-

quilar atadas en fuertes cañas tacuaras.

En la mañana del 18, los realistas hicieron un movimiento de avance sobre el campo patriota, destacando guerrillas á su frente.

Artigas había dividido su gente en dos alas; tomó á sus inmediatas órdenes la derecha, compuesta por los Patricios, que funcionaban como infantería, y el escuadrón de caballería de Juan León; la izquierda la confió al ayudante mayor Eusebio Valdenegro, del cuerpo de Patricios, y la componían los 150 hombres de caballería que hacían el servicio de infantería, y el escuadrón de Antonio Pérez. La hueste de Manuel Francisco Artigas y la reserva, se situaron á retaguardia á la espera de órdenes.

Cuando el Jefe de los Orientales notó el movimiento de avance de los realistas, destacó sobre ellos el escuadrón de caballería de Antonio Pérez, con orden de no empeñar combate, sino de tratar de sacar al enemigo á más distancia de su campo, como lo consiguió, empeñándose éste en perseguirlo.

Echó pie á tierra la infanteria patriota, que había permanecido montada, é hizo demostración de atacar; pero entonces los realistas simularon una retirada con el objeto de colocarse sobre una loma que les ofrecía espléndida posición. Desde alli rompieron fuego de artillería y fusilería sobre los independientes, haciéndoles algunas bajas, entre ellas 6 patricios, que hallándose reunidos en pelotón fueron heridos por una granada.

Con grandes esfuerzos, y después de porfiada lucha, consiguieron los patriotas desalojar al enemigo de su fuerte posición, retirándose éste al fin, pero en perfecto orden.

Dejemos la palabra al mismo Artigas en este momento supremo de la acción:

« La tropa cargó vigorosamente sobre
» ellos, y aquí se les tomó un cañón; pero
» como los fuegos de su artillería supe-
» raban á los nuestros, contenían suma-
» mente á nuestra tropa, que sólo su mu-
» cho valor podía resistirlos.

» En su retirada conseguí situarme en
» mejor terreno y de aquí hice avanzar á
» la columna de caballería de la derecha,
» y mi ayudante mayor á la izquierda,
» mandando entrar por la retaguardia
» enemiga á la columna que mandaba mi
» hermano don Manuel Francisco Arti-
» gas. Aquí fué bastante activo el fuego,
» que duraría una hora; y con la energía
» con que disputaba la acción nuestra tropa,
» se intimidaron los enemigos, y pusie-
» ron bandera parlamentaria, á que yo
» mismo en persona contesté se rindiesen
» á discreción, librando la vida de todos:
» con lo que se rindieron y quedó por
» nosotros la victoria, y todo el campo de
» batalla, que era á distancia de un cuar-
» to de legua de la Capilla de Las Pie-
» dras. »

Fué la primera vez que en la Banda Oriental se encontraron las armas de la patria con los realistas en batalla campal, y fué grande la resonancia que tuvo tan espléndida victoria, que se celebró con grandes festejos en Buenos Aires.

Para su representación, elegimos, como siempre, el momento culminante. Los realistas, después de haber abandonado su fuerte posición de la loma, han formado cuadro; los Patrícios y las milicias de infantería los atacan de frente; en primer término, una fuerza de infantería marcha á atacarlos por la izquierda, va á su fren-

te, espada en mano, el patriota sacerdote don Valentín Gómez (retrato auténtico, copia del que existe en el Museo Histórico de Buenos Aires); la hueste de caballería de Manuel Francisco Artigas, emprende la marcha por el flanco enemigo, para situarse á su retaguardia y cortarle la retirada; á la derecha del cuadro, se ven las dos piezas de artillería tomadas á los realistas durante la acción; al fondo, la caballada de la infantería; y en el centro se destaca la figura del Jefe de los Orientales, rodeado por algunos oficiales del Estado Mayor.

Ha estado realmente inspirado el pintor cuando ejecutó este cuadro: hasta en los menores detalles, se ncta el conocimiento perfecto del medio y de la época. Es un cuadro verdaderamente nuestro, criollo; no hay en él la idea más ínfima, que pueda parecer inspirada en alguno de los innumerables cuadros de batallas que nos llegan de Europa. El gran caudillo, Artigas, ha sido bien comprendido, así debió ser en el teatro de su gloria.

Para la ejecución de este cuadro, hubimos de hacer tres viajes al campo donde tuvo lugar la acción, para estudiarlo en todos sus detalles; y notamos con tristeza, que ni una sencilla piedra señala el lugar en que las armas de la patria alcanzaron tan glorioso triunfo.

Existe allí un pozo en que hay gran cantidad de restos humanos, que la tradición dice que son de los muertos en la acción; y así debe ser indudablemente, por más que no lo indique la menor señal!

Hemos terminado por ahora nuestra grata tarea; hemos presentado los *Episodios de la Independencia*, tal como se hallan en este momento, y tratando de explicar cómo comprendemos nosotros su significado y su importancia, en cuanto se relaciona al ideal patriótico y educativo.

Sólo nos resta dar las gracias á los que se hayan dignado pasar la vista por estos mal trazados renglones, y á la ilustrada dirección y redacción del distinguido diario que se dignó darles cabida en sus columnas.

Los *Episodios de la Independencia* quedan en manos de nuestros compatriotas, y no dudamos que ellos sabrán apreciarlos en lo que realmente valgan.

Montevideo, Julio de 1896

SIERRA Y ANTUÑA

Sobre la enseñanza elemental de la Historia Patria

LOS CUADERNOS NACIONALES

SERIE HISTÓRICA

Pequeñas causas suelen ser generadoras de grandes acontecimientos, como pueden cumplirse grandes obras con humildes elementos. A nada pueden aplicarse con más propiedad esas verdades, como á la educación de la niñez.

No pueden violentarse las leyes inmutables de la naturaleza, so pena de obtener resultado contrario del que se busca; hay que dar su tiempo á la flor para desarrollarse, y al fruto para madurar; de lo contrario, ni la flor esparcirá su rico aroma, ni el frutó tendrá su exquisito sabor.

La inteligencia del niño es una flor y un fruto, y es su cultivo un problema aun no resuelto en muchos casos.

En el niño la inteligencia humana aun no ha llegado á su completo desarrollo, y por consiguiente aun no pueden tener cabida á ella ciertas ideas y ciertas reflexiones que son familiares en el hombre.

Ese es el gran escollo en que chocan los que quieren escribir para los niños sobre algunas materias de educación.

En ciertos temas que se refieren á cosas palpables, ó por lo menos visibles, el problema se resuelve estableciendo términos de comparación; en Zoología, por ejemplo, puede decirse al niño: «tú ves gatos todos los días, pues el tigre es un gato con tales y cuales peculiaridades.»

Pero cuando se trata de ideas abstratas, que no se palpan ni se ven, la dificultad es inmensamente mayor, pero el problema tiene solución; la cuestión está en encontrar los términos de comparación, que pongan el asunto al alcance de la inteligencia infantil.

En primer lugar, es necesario *hacerse niño*, pensar como ellos piensan, hablar como ellos hablan; y tratándose de ideas abstratas, los ejemplos son los términos de comparación. Por eso, al hablarles de virtud, de abnegación y de valor; es preciso presentarles ejemplos de virtud, de abnegación y de valor.

Tales son las ideas que nos sirven de norma, al emprender la tarea de explicar á los niños de nuestra patria la historia de la independencia. Nunca hemos estudiado las leyes de la pedagogía, pero creemos que las ideas expresadas se encuadran dentro de la ley natural, base de todas las leyes.

Nos hemos propuesto explicar á los niños la historia de la independencia, decimos, pero tratando de hacerles saber no sólo los hechos, sino también las causas que los produjeron y el medio en que se desarrollaron; porque creemos que la historia no es sólo la enumereción de los acontecimientos, sino también su expli-

cación, para que de ellos pueda sacarse un resultado educativo.

Dentro de ese orden de ideas, hemos pensado que nada mas apropiado para desarrollar un pequeño curso de moral cívica, que aprovechar los ejemplos que nos proporciona la historia de nuestra independencia.

Tal vez nuestras facultades intelectuales no sean suficientes para alcanzar el ideal que nos hemos propuesto; pero sírvanos de escusa nuestra buena voluntad de ser útiles á la patria dentro de nuestra modesta esfera y con los pobres medios á nuestro alcance.

Para realizar nuestra idea nos valemos de un medio modesto, pero que consideramos el más práctico; intercalamos nuestras lecciones de historia explicada, en las tapas de los cuadernos que el niño lleva á la escuela, ampliando así el plan de nuestros *Cuadernos Nacionales*, que tanta aceptación han tenido, y que han merecido juicios tan favorables de las personas que entre nosotros se ocupan de educación.

Despertamos la curiosidad del niño, por medio de un grabado, (pequeña reproducción de los *Episodios de la Independencia)* que representa un hecho histórico; vé un grupo de gauchos con las lanzas en alto, ó una escena de guerra; al pie encuentra una indicación de cual es el hecho que representa el grabado. Pero no le basta, quiere más explicaciones, quiere saber por qué en *El Grito de Asencio*, por ejemplo, los gauchos levantan las lanzas gritando, quiere saber quién es el que les habla y *el otro hombre* que lo acompaña; sabe que al dorso de ese mismo cuaderno está la explicacion del grabado que le ha interesado, y el niño lee;

y al leer, sin darse cuenta él mismo, aprende.

Luego vienen las conversaciones, las reflexiones infantiles sobre el tema que ha leido: *mira*, dice á algún camarada, *si eran valientes los gauchos; mira lo que hizo Artigas; mira, dice que cuando (sic) la independencia se viajaba en carretas de bueyes por la campaña;* etc., etc.

Y ese pequeño estudio hecho expontáneamente, es muchas veces más fructífero que largas explicaciones del maestro, que generalmente el niño escucha distraído, con la natural volubilidad de la imaginación infantil.

Tenemos la convicción de que este es un medio práctico para la enseñanza elemental de la historia nacional; y creemos que pueden aprovecharse los temas que ella proporciona, para desarrollar pequeñas lecciones de moral cívica.

Repetimos que no sabemos si nuestras facultades intelectuales serán suficientes para alcanzar tan grande ideal; pero, si no lo conseguimos, sírvanos de escusa la idea patriótica que nos ha guiado. Echamos la semilla en surco fértil, pues nuestros niños se distinguen por su precoz inteligencia; si ella fructifica, se verá colmada nuestra ambición.

Vamos á explicar brevemente el plan que nos hemos propuesto seguir en el desarrollo de nuestra modesta obra.

Como ya dijimos, en una de las carátulas de los *Cuadernos Nacionales* va un grabado, correspodiente á la explicación que se encuentra en la otra carátula; esos grabados son pequeñas reproducciones de los *Episodios de la Independencia*, por cierto muy bien hechas en los talleres de la Litografía Oriental (justicia al mérito).

En el primer cuaderno de la serie, explicamos la *Dominación española*, porque España dominaba en América, y que significa esa dominación; *las causas de la revolución americana*, á grandes rasgos al alcance de los niños; lo que era el vireinato del Rio de la Plata, lo mismo que Buenos Aires y Montevideo en aquella época, y terminamos con la narración de *el grito de Asencio*, tema que representa el grabado correspondiente.

En el segundo cuaderno explicamos el *medio-ambiente*, el estado sociológico de la Banda Oriental en la época de la independencia, lo que eran los gauchos; *las causas locales é inmediatas de la insurrección;* indicamos la insurrección general del país, y presentamos al gran caudillo Artigas, que viene á reunir los elementos dispersos.

En el tercero explicamos la insurrección general de todo el territorio oriental; *los patriotas*, lo que eran, sus vestidos, sus armas, su carácter, etc.; narramos los primeros combates, y terminamos con *Paso del Rey* y *San José.*

El cuarto aun no lo hemos publicado por no estar pronto el grabado correspondiente.

En el quinto hacemos notar el rápido triunfo de la insurrección en la campaña de la Banda Oriental; describimos el Montevideo antiguo, con sus grandes murallas y fortificaciones; narramos el primer sitio; y terminamos haciendo notar la intervención del elemento ilustrado y del clero en la revolución; no eran sólo masas ignorantes, inconscientes, había una idea que guiaba á los patriotas; *los niños deben estudiar, para ser buenos ciudadanos.*

Y en esa misma forma explicaremos todos los temas de la historia de la independencia, desarrollando lecciones de moral cívica sobre el valor, la abnegación, el respeto á las leyes y á las autoridades, etc.

La serie histórica se completará en 20 cuadernos; creemos sinceramente que con ella realizaremos una obra útil; nuestros compatriotas la juzgarán y la apreciarán en lo que valga.

He aquí una muestra de las lecciones que contienen los Cuadernos Nacionales que están en circulación:

Historia de la Independencia explicada á los niños

II.—EL MEDIO AMBIENTE.—CAUSAS LOCALES É INMEDIATAS DE LA INSURRECCIÓN.—ARTIGAS AL FRENTE DE LOS ORIENTALES.

Antiguamente el territorio que hoy constituye la República Oriental era una provincia del virreinato del Río de la Plata. Pero primitivamente era mucho más extenso, pues dentro de sus límites se hallaban comprendidos territorios que hoy son provincias brasileras. En la época del coloniaje, es decir, cuando casi toda la América pertenecía y era gobernada por España, los portugueses, que entonces eran dueños del Brasil, se apoderaron de esos ricos territorios y después quedaron en poder de sus descendientes los brasileros. En la época de la revolución emancipadora, el estado de la Banda Oriental

era muy diferente de lo que es hoy. Todavía no se habían fundado muchos de los pueblos que hoy existen, y los que entonces había no eran tan grandes y poblados.

Al recorrer los campos, no se veía como ahora hermosa sucesión de campiñas cultivadas: el verde viñedo junto al dorado trigal; el alto maizal al lado del quebrado y dilatado campo de pastoreo; á lo lejos los frondosos montes, y junto á los pueblos las *chacras*, con sus variados cultivos de hortalizas y árboles frutales.

En aquella época la campaña estaba casi desierta; las estancias se sucedían unas después de otras, sin que sus límites tuvieran más demarcación que las naturales, formadas por algún río ó arroyo, alguna cuchilla ó algún monte. Las habitaciones de sus pobladores se reducían á ranchos de terrón con techo de paja, y muy frecuentemente los peones dormían á la intemperie ó debajo de las enramadas.

Los ganados pacían libres por los extensos campos, multiplicándose prodigiosamente en esa vida salvaje. Muchas veces se guarecían en el interior de los montes, y se confundían los de uno y otro dueño; los que no estaban marcados ni tenían dueño conocido, se llamaban *orejanos*, y eran del que conseguía apoderarse de ellos, no sin grandes fatigas y peligros.

Había que recorrer grandes distancias para encontrar alguna de esas pobres poblaciones, generalmente situadas en lo alto de alguna cuchilla, cerca de algún arroyo, con su enramada y su ombú al lado.

No había otro medio de comunicación que el caballo y la carreta; había muy

pocos carruajes, que eran muy grandes y de construcción muy pesada y fea; se llamaban *galeras* ó *diligencias*. De manera que los viajes por el interior eran muy largos y fatigosos, y no exentos de peligros. Los hombres iban á caballo, y las familias que no podían disponer de carruaje, en carretas con toldos de cuero y tiradas por bueyes; así emprendían el viaje que á veces duraba varios días, por caminos pésimos y teniendo que cruzar los ríos ó arroyos por los *pasos* ó *vados* que solían ser bastante peligrosos.

En ese medio casi salvaje, se formó una raza de hombres fuertes y valientes; llevaban una vida nómade, trabajando tan pronto en una estancia como en otra; comían muy frugalmente, vestían muy pobremente, y generalmente dormían á la intemperie: eran los *gauchos*.

Habituados á la vida libre, ginetes sobre fuertes caballos, cruzaban nuestros campos sin miedo en el corazón, y siempre dispuestos á correr los azares de la campaña en la lucha por la existencia. No rendían vasallaje á nadie, iban y venían según su capricho, y en medio de la soledad de los campos se creían dueños y señores del suelo que habitaban.

Además de las rudas faenas del pastoreo se dedicaban muy generalmente á otra ocupación: al *contrabando*. Vamos á explicar lo que eso significa:

Ya hemos dicho en otro cuaderno, que en la época del coloniaje España no permitia comerciar á ninguna nación de América con otra, sino que obligaba á recibir todo directamente de la Península. De eso resultaba que el comercio estaba monopozado, y por consiguiente todo costaba muy caro.

Portugal, que como hemos dicho, en aquella época era dueño del Brasil, era más liberal en materia comercial, y por eso allí costaban mucho más barato los artículos de consumo, como ser: comestibles, ropas, herramientas, etc.

Por esa causa se había establecido entre el Brasil y la Banda Oriental un gran comercio de contrabando: se juntaban en el Brasil una porción de carretas cargadas con toda clase de artículos, y entraban en la Banda Oriental, donde los vendían ó generalmente cambiaban su importe por ganado.

Pero esto se hacía á escondidas de las autoridades, y muchas veces los contrabandistas tenían que sostener verdaderos combates con los soldados españoles que trataban de impedirlo. Cuando estos conseguían apoderarse de algún criollo contrabandista, lo trataban muy mal y generalmente lo mataban.

Por ese motivo, y también por el orgullo de raza, los españoles trataban á los criollos con mucha dureza y desprecio; y estos por su parte odiaban á las autoridades y á los españoles en general, á quienes llamaban *godos*. Esto se notaba sobre todo en la campaña, porque allí eran muy perseguidos los gauchos, que frecuentemente tenían que huir á los montes y hacer vida de *matreros* para librarse de malos tratos.

Por eso, cuando Viera y Benavídez se sublevaron en Asencio, la noticia corrió inmediatamente por toda la campaña, y la sublevación se hizo general en todo el país. Los criollos que estabaa escondidos en los montes, se unieron á los que trabajaban en las estancias, y poniéndose á las órdenes de sus patrones ó capataces,

SERIE DE CUADERNOS HISTÓRICOS

DE

EPISODIOS DE LA INDEPENDENCIA

Cuadro 1.°—El grito de Asensio.—Pronunciamiento de Viera y Benavídez.—*En venta.*

Cuadro 2.°—Artigas al frente de los Orientales.—*En venta.*

Cuadro 3.°—Combate de San José.—*En venta.*

Cuadro 4.°—Batalla de Las Piedras.—*En venta.*

Cuadro 5.°—«Váyanse con sus matreros.» —*En venta.*

Cuadro 6.°—Éxodo del pueblo oriental. —*En prensa.*

Cuadro 7.°—Culta en el Cerrito.—*En ejecución.*

Cuadro 8.°—Batalla del Cerrito.—*En venta.*

Cuadro 9.°—Congreso del año XIII.

Cuadro 10.—Los Orientales en Montevideo, 1815.

Cuadro 11.—Batalla del Catalán.

Cuadro 12.—Los brasileros en el Uruguay.

Cuadro 13.—Desembarco de los Treinta y Tres.

Cuadro 14.—El gobierno patrio de la Florida, 1825.

Cuadro 15.—Proclamación de la Independencia.

Cuadro 16.—Batalla del Rincón. —*En Venta.*

Cuadro 17.—Batalla del Sarandí.

Cuadro 18.—Batalla de Ituzaingó.

Cuadro 19.—Conquista de las Misiones.

Cuadro 20.—Jura de la Constitución.

SERIE DE CUADROS HISTÓRICOS

DE

EPISODIOS DE LA INDEPENDENCIA

Cuadro 1.°—El grito de Asensio.—Pronunciamiento de Viera y Benavídez.—*En venta.*

Cuadro 2.°—Artigas al frente de los Orientales.—*En venta.*

Cuadro 3.°—Combate de San José.—*En venta.*

Cuadro 4.°—Batalla de Las Piedras.—*En venta.*

Cuadro 5.°—«Váyanse con sus matreros.» —*En venta.*

Cuadro 6.°—Éxodo del pueblo oriental —*En prensa.*

Cuadro 7.°—Culta en el Cerrito.—*En ejecución.*

Cuadro 8.° Batalla del Cerrito.—*En venta.*

Cuadro 9.°—Congreso del año XIII.

Cuadro 10.—Los Orientales en Montevideo, 1815.

Cuadro 11.—Batalla del Catalán.

Cuadro 12.—Los brasileros en el Uruguay.

Cuadro 13.—Desembarco de los Treinta y Tres.

Cuadro 14.—El gobierno patrio de la Florida, 1825.

Cuadro 15.—Proclamación de la Independencia.

Cuadro 16.—Batalla del Rincón.—*En Venta.*

Cuadro 17.—Batalla del Sarandí.

Cuadro 18.—Batalla de Ituzaingó.

Cuadro 19.—Conquista de las Misiones.

Cuadro 20.—Jura de la Constitución.